

Hacia unas nuevas bases discursivas para la integración

Horacio Cerutti Guldberg

El objetivo de este artículo es examinar un *corpus* muy acotado y, al mismo tiempo, suficientemente representativo de la inmensa bibliografía existente sobre la integración latinoamericana, con vistas a detectar debilidades argumentativas y quedar así en condiciones de proponer algunas hipótesis que las superen, en un esfuerzo por aportar nuevas bases discursivas más adecuadas para propiciar ese proceso, que consideramos no sólo deseable, sino de vital concreción. Debemos dejar aclarado desde el inicio que ello no implica, ni mucho menos, descalificar *in toto* los relevantes aportes encontrados en ese *corpus*. Por el contrario, hemos procurado que, además de su calidad y rigor, este *corpus* responda a ciertos criterios que a continuación se mencionan brevemente: producido en diferentes partes de la región, por reconocidos especialistas y desde diferentes niveles disciplinarios (sociología, historia, relaciones internacionales, economía, ciencia política, filosofía). Consideramos que estos criterios podrían garantizar, como mínimo, que existan referencias a las diversas facetas de la integración en diferentes zonas de Latinoamérica y el Caribe (andina, rioplatense, caribeña, centroamericana, gran colombiana, etcétera) y, además, que el discurso especializado permita aludir o remitir a la dimensión política, pero con pretensiones de sólida fundamentación teóri-

ca. Finalmente, la convocatoria de diversas disciplinas ayudará a visualizar y destacar la importancia de las múltiples facetas que tan complejo fenómeno presenta. Por supuesto, asumimos que no es ésta la única forma de afrontar tan difícil tema; no obstante, deseamos destacar que el nivel de generalización en que retomamos estas dimensiones discursivas viene justificado por el enfoque desde la filosofía política, a partir del cual efectuamos el análisis y las propuestas consecuentes. La acotación del *corpus* a lo producido al interior de la región no proviene de ninguna actitud xenófoba o del pretendido desconocimiento de lo que se ha publicado en otras partes del mundo con relación al tema. Constituye, más bien, un requisito sugerente para este ejercicio que proponemos. Lo importante de esta selección que presentamos no es su valor de presunta autoridad, sino su aporte para ensamblar una maqueta o aproximación al rompecabezas discursivo disponible no solamente en los usos de la academia, sino en la actividad política y en los medios masivos de comunicación.

En otra dimensión, conviene destacar un aspecto muy significativo en relación con este *corpus*: el conocimiento de su existencia y el acceso al mismo han sido posibles merced a la gentileza de sus autores o fruto de la amistad. Con esto queremos enfatizar las dificultades que encuentra la circulación de lo producido en la región, incluso dentro de ella misma, la importancia de las relaciones personales y el conocimiento directo, sin menospreciar en ningún momento las facilidades que brindan los accesos virtuales. Así mismo, consideramos adecuado referir citas, a veces extensas, de algunas partes medulares de las obras consideradas. Y es que, en este ejercicio, el recurso al discurso referido resulta indispensable en pro del rigor y la pertinencia buscados.¹ Sobre todo, porque esto permite acer-

¹ No podemos desarrollar aquí todas las aristas que presenta la consideración de la estrategia del discurso referido. Sólo a modo de ejemplo provisional y con

carnos de modo más apropiado al tipo de discursos puestos en juego.

Quizá convenga que efectuemos una última aclaración previa. Se prefirió utilizar la expresión martiana “nuestra América” en lugar de Latinoamérica. Sería largo justificar aquí esta decisión, pero quizá sea aceptable en principio a partir de la explícita oposición de José Martí al racismo; a la necesaria alusión inclusiva al área caribeña y al hecho de que la latinidad, por más reinterpretaciones que se le añadan, no brinda suficiente cobijo a los pueblos originarios y a la denominada tercera raíz afroamericana. También conviene aclarar que esta América, denominada “nuestra” por Martí a finales del siglo XIX, por oposición correlativa a la América del Norte (él decía que había estado “en las entrañas del monstruo”), conlleva también muchas dificultades en el intento por esclarecer a quiénes nos referimos exactamente con el posesivo “nuestra”.

Salvadas o al menos advertidas, como esperamos, estas posibles dificultades iniciales, vayamos a nuestro tema para intentar retejer algo de la densa malla discursiva articulada en torno a la integración de nuestra América. Para ello procederemos a identificar ciertos tópicos reiterados hasta la saciedad en este tipo de discursos: historia compartida, cultura común, misma lengua, etcétera. Esto permitirá explicitar algunos de los modos en que han sido expresados y hará posible examinar sus convergencias y/o divergencias. La hipótesis que rige este ejer-

referencia a las citas, conviene recordar aquí una anécdota de Vasconcelos con Antonio Caso, como un modo de visualizar el riesgo de cierta unilateralidad en la consideración de las mismas, lo cual no implica defender su abuso. “Leí mis cuartillas a Caso [...] —Es curioso —observó— ha escrito usted bastantes páginas sin hacer cita y sin perder de vista su tema [...] Es raro que nosotros no podamos escribir así [...] En fin, es original su trabajo y lo felicito”. Véase Joaquín Cárdenas Noriega, *José Vasconcelos 1882-1982. Educador, político y profeta*, México, Océano, 1982, p. 107.

cicio remite a la insuficiencia y, en el límite, a lo insostenible de dichas argumentaciones, tomadas con exclusividad.

¿Tópicos convergentes o en pugna?

El primero de estos tópicos que conviene examinar está condensado en el término mismo de *integración*. Su variabilidad semántica hace a la noción de integración muy escurridiza. ¿A qué se alude exactamente cuando se esgrime? No está del todo claro y por ello vale la pena detenerse a explicarlo. Ha habido —y sigue habiendo— esfuerzos significativos de integración dominadora o para mejor dominar. Y esto con una doble estrategia: dividir para explotar o unir para hacer exactamente lo mismo, siempre con la fuerza de por medio, como lo han sido los casos de los imperios británico y norteamericano. Muy certeramente lo sintetizó hace años el economista brasileño Paulo R. Schilling:

A América Espanhola foi “balcanizada”, mantendose o império brasileiro uno e indiviso como “gendarme” para manter a ordem entre as “republiquetas”. A os EUA, transformados em 1945 na única potência imperialista e havendo revolucionado, para fins bélicos, a produção industrial, interessava exatamente o contrário: “integrar para dominar e explorar melhor”.²

También la noción de integración se utiliza para aludir a las situaciones de indispensable pertenencia “intranacional”. Por lo tanto, el término remite tanto al necesario proceso interno de las naciones constituidas en la región, como a las relaciones in-

² Paulo R. Schilling, *Mercosul, integração ou dominação?*, São Paulo, CEDI, 1992, p. 37.

ter o multinacionales en la misma. Aquí cabe preguntarse con toda franqueza si lo nacional sigue teniendo sentido y vigencia todavía, a lo cual se podría igualmente contestar de modos acotados. La cuestión del Estado-nación (re)surge renovada en todas sus aristas para este debate, con todas las recargas que el tránsito más allá de las modalidades productivas fordistas y tayloristas conlleva, en la medida en que estas modalidades del proceso de industrialización estuvieron asociadas a los momentos más destacados de conformación del Estado-nación. Por ello nos parece tan importante tomar en cuenta, a propósito de la complejidad de las luchas democráticas “nacionales” emprendidas actualmente por los pueblos —y que atraviesan, sin duda, fronteras—, las sutiles observaciones que efectuara, en su oportunidad, la filósofa argentina Ana María Rivadeo, en el sentido de que están llevadas “a constituirse como luchas y proyectos que se colocan, simultáneamente, dentro del Estado-nación y en contra de él”.³ Tomadas en cuenta estas dificultades, podríamos delimitar —en una primera aproximación insuficiente, que se irá precisando a lo largo de este artículo—, el uso del término integración por referencia a una integración de toda la región, la cual presupone un esfuerzo sostenido de integración al interior de cada uno de los Estados-nación incluidos en el mismo.

Por otra parte, esto nos conduce de la mano a la reiterada cuestión de los antecedentes históricos de la integración.

³ Ana María Rivadeo, *Les Patria. Nación y globalización*, México, UNAM, 2003, p. 292. Véase también Horacio Cerutti Guldberg, “Proyecto de nación y globalización”, en Alejandro Serrano Caldera y John W. Murphy (coords.), *La filosofía en la era de la globalización*, Managua, Nicaragua, Hispamer, 2007, pp. 65-76. A propósito de las complejidades que presenta el “nacionalismo” conviene revisar el breve, pero enjundioso texto de Aline Frambes-Buxeda, “Albizu, un boricua en su laberinto”, en *id.* (ed.), *Huracán del Caribe. Vida y obra del insigne puertorriqueño don Pedro Albizu Campos*, San Juan de Puerto Rico, Universidad Interamericana de Puerto Rico, Libros Homines, tomo extraordinario núm. 19, Quinto Centenario de Puerto Rico, Efemérides del Centenario de Albizu, 1993, pp. 88-91.

No nos vamos a detener en ellos, sólo se mencionará que una constante ha consistido en la siempre renovada apuesta de la unidad confederal, la cual nunca ha terminado de ponerse en práctica debido a múltiples obstáculos, especialmente al interior de la región, aunque sin descuidar los externos, que también proliferaron.⁴ En un afán por perseguir, acotar en la medida de lo posible y repensar ciertos tópicos de las argumentaciones reiteradas en torno a la integración, el argumento de una presunta *historia compartida* adquiere relevancia central. Y podríamos aceptarlo, si por historia entendiéramos la referencia a aquel proceso que ha sido base común de anhelos y sacrificios.⁵ Pero, cuando ya se alude, con el mismo término, a las reconstrucciones historiográficas, a las narrativas históricas y, muy especialmente, a las denominadas historias “oficiales”, la cuestión se complica en extremo. Como señalara oportunamente el historiador colombiano Germán Colmenares: “Reconocerse en ellas [en las ‘historias patrias’] condena todo análisis histórico fundado en las ciencias sociales a la ineficacia o a rehacer

⁴ Véanse los valiosos y documentados estudios de Germán A. de la Reza, *El Congreso de Panamá de 1826 y otros ensayos de integración latinoamericana en el siglo XIX. Estudio y fuentes documentales anotadas*, México, Eón/UAM-A, 2006, 287 pp., y Delia del Pilar Otero, *Integración latinoamericana. Ciclos en la construcción de un proyecto fundacional*, Córdoba, Alción Editora, 2007, 251 pp. En este último libro, dedicado a examinar sobre todo el intento del ABC (Argentina-Brasil-Chile) a mediados del siglo pasado, hay una consideración que resulta fundamental para las dimensiones epistemológicas puestas aquí en juego: “Las categorías de análisis con [que] cuentan [los historiadores de las relaciones internacionales] no han sido formuladas desde la propia realidad histórica y además provienen de otros campos de las ciencias sociales, lo cual exige un esfuerzo de reformulación” (D. P. Otero, “Apéndice. Algunas consideraciones en torno a la bibliografía”, en *id.*, *op. cit.*, p. 213).

⁵ Aquí convendría tener en cuenta la distinción gaosiana entre historia e historiografía en la versión que brindó en “Notas sobre la historiografía”. Véase José Gaos, *De antropología e historiografía*, Xalapa, México, Universidad Veracruzana, 1967, pp. 283-318.

indefinidamente, como comedia, un drama construido con el lenguaje de las pasiones”.⁶

Lo cierto es que de ser, como se supone, relaciones fraternales y hasta carnales, suelen convertirse, de modo casi imperceptible, en contraposiciones de enemigos irreconciliables. De modo que se repiten con sonsonete las variantes de enfrentamientos estériles e infructuosos para cualquier intento de cooperación efectiva y eficaz, trabado siempre por estos obstáculos aparentemente ineludibles y, muy frecuentemente, atribuidos a una presunta “naturaleza” humana inmodificable; reduccionismo biologicista muy peligroso, como todos los reduccionismos.

Entre estas dimensiones que nos acosan desde hace rato como si fueran indiscutibles, de las cuales no vemos, sin embargo, su eficacia casi por ninguna parte, hemos mencionado también el hecho de hablar, como se supondría, un *mismo idioma*. La cuestión de la lengua acompaña estas narrativas casi desde su inicio. Veamos brevemente su posible pertinencia en relación con el tema de la integración actual. En un artículo reciente

⁶ Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX*, Bogotá, Tercer Mundo, 1987, p. 202. Sobre la obra de Colmenares véase también Varios autores, “Testimonios” y “Panel ‘Convenciones contra la cultura’”, en *Historia y Espacio. Revista de Estudios Regionales* (Cali, Colombia, Universidad del Valle), núm. 14, junio de 1991, pp. 9-11 y 155. Sobre su bio-bibliografía está la acuciosa recopilación de Lozano, en el mismo número. De las intervenciones muy sugerentes en ese panel, quisiéramos recordar aquí algunos aspectos de la correspondiente a Jesús Martín Barbero, cuando señalaba que Germán nos había ayudado a descubrir no el “miedo al futuro, sino al pasado” y la gravitación de los hechos del pasado en las conciencias actuales “como ‘empresas de lo imaginario’, en las que los viejos sedimentos de fantasías y de mitos cobran una realidad inesperada [...] Lo que trasladado al campo intelectual latinoamericano en su conjunto nos alerta sobre el peligro de que la racionalidad hegemónica nos esté impidiendo comprender tanto las discontinuidades y destiempos de que están hechos estos países como aquella profunda continuidad que se hace presente en los ‘tiempos largos’ del pueblo, en su memoria”. Véase *Historia y Espacio. Revista de Estudios Regionales...*, pp. 160 y 161.

muy sugerente, como todo lo suyo, el español José Luis Abellán, filósofo e historiador de las ideas, nos brinda pistas muy valiosas. Conviene retener *in extenso* su reflexión en lo que concierne a la presunta “hispanidad compartible” (una de las modalidades adoptada por la dimensión idiomática):

Quando Ramiro de Maeztu recoge el tema, atribuyendo erróneamente la paternidad del vocablo [hispanidad] al P. Zacarías de Vizcarra, comete una grave injusticia al ignorar lo aportado antes por Unamuno. Quizá en esa injusticia inicial tiene su origen la que cometerá después desde el ángulo doctrinal, al elaborar intelectualmente su concepción en una *Defensa de la hispanidad* (1934) modulada específicamente desde una perspectiva declaradamente fascista, donde los conceptos clave son autoridad, jerarquía y servicio. Definir la “hispanidad” no es sólo querer ponerle puertas al campo, sino una forma de anquilosarla y empuqueñecerla. Por eso cuando Unamuno se pregunta: “¿Qué es la hispanidad?”, su respuesta es inmediata: “¡Ah, si yo lo supiera!” Evidentemente, como todo lo importante en la vida, debe ser anhelado, añorado y presentido antes que definido, pues es el único modo de hacerla en nosotros. Quizá eso es lo que hicieron los mejores entre nuestros pensadores; a los definidores les pasó lo que a Maeztu: llevaron la cuestión a un callejón sin salida. Sin embargo, a pesar de tantas diferencias entre unos y otros, prácticamente todos los pensadores vienen a coincidir en considerar la lengua como expresión privilegiada de la unidad del mundo hispánico.⁷

La lengua, entonces y en general, sigue siendo considerada vínculo de unidad. Sin embargo, ahí cabe formular la pregunta

⁷ José Luis Abellán, “España-América Latina (1900-1940): la consolidación de una solidaridad”, en *Revista de Indias*, vol. 67, núm. 239, 2007, p. 25, en <http://revistadeindias.revistas.csic.es/index.php/revistadeindias/article/view/590/656>.

urticante: ¿por qué otras unidades —la europea, por ejemplo, sin lengua común— se han dado de modo efectivo y la del ámbito hispánico y hasta ibérico —en la medida en que las dos lenguas vertebrales no constituyen barreras infranqueables— no se ha producido hasta la fecha, a pesar de innumerables reuniones de todo tipo? Pareciera que la lengua no sólo no es suficiente, sino que no llega a constituir un elemento fundamental, no obstante sus evidentes ventajas o justamente como consecuencia de ellas. En todo caso, no pretendemos caer en los vicios de los definidores, ante los cuales tan perspicazmente nos ha alertado Abellán. Procuramos, más bien, adentrarnos en algunos de los múltiples y articulados pliegues de los argumentos que pugnan por hacer viable la integración anhelada de nuestra América —no la integración hispana o iberoamericana, sin que por ello despreciemos las ventajas de tal posibilidad— nunca concretada hasta ahora, a pesar de numerosas reuniones y de haberse instalado en Madrid una secretaría general permanente, a cargo de un funcionario internacional de alto nivel y con amplia experiencia.⁸

Todo esto puede llevarnos a pensar que: proyecto, decisión y responsabilidad es lo que no han asumido nuestras élites políticas en todos estos años y, muchísimo menos, han propiciado que esas dimensiones hayan sido impulsadas por los ciudadanos de la región.⁹ Por ello quizá no se ha avanzado como hubie-

⁸ Nos referimos al uruguayo Enrique Iglesias, quien fuera presidente del Banco Interamericano de Desarrollo (BID). Es de sumo interés revisar un artículo en el que prácticamente profetizaba la, según él, inevitable concreción del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Véase E. Iglesias, “Un compromiso pragmático para 2005. La creación del Área de Libre Comercio de las Américas”, en *Nueva Revista de Política, Cultura y Arte* (Madrid), núm. 92, marzo-abril de 2004, pp. 42-55.

⁹ Conviene atender aquí a una reflexión del filósofo mexicano Cesáreo Morales en su último libro: “No hay proyecto sin *decisión* y no hay *decisión* sin *responsabilidad* [...] Pensar en sentido estricto es repensar; descompactar, criticar

ra sido deseable en este terreno. Y el asunto no es llorar sobre ese ya rebasado “hubiera”, sino pasar a la acción e impulsar decididamente este proceso con todas sus dimensiones de proyecto, de decisión y de responsabilidad. De decisión política y de responsabilidad ciudadana ineludibles.

Veamos otro tópico, en este caso el de la *globalización*, cuyo tratamiento adecuado permitirá avanzar otro tramo en este trayecto. En un libro que condensa una parte fundamental de su esfuerzo de investigación y búsquedas infatigables de muchos años, Alfredo Guerra-Borges acota la dispersión conceptual acerca de la globalización de un modo que permite caracterizar, en trazos concisos y muy precisos, la coyuntura actual. Vale la pena reproducir sus palabras:

La globalización es el proceso mediante el cual el capitalismo reestructura la economía mundial en consonancia con el establecimiento de un nuevo régimen de acumulación, que se sustenta en nuevos principios generales de organización del trabajo y de uso de las tecnologías avanzadas disponibles, para recuperar, mantener o elevar la tasa de ganancia que haga posible la reproducción del sistema.¹⁰

A renglón seguido menciona que el régimen de acumulación obsoleto, en sustitución desde la década de los setenta del siglo pasado, es el fordismo, organizado como una forma nacional de producción en masa destinada al mercado interno, con elevación de salarios, incorporación sostenida de tecnología, amplia

consistencias aparentes, abrir puertas que parecen abiertas y triturar evidencias para encontrar los laberintos subterráneos de su desasosiego”. Véase C. Morales, *Fractales. Pensadores del acontecimiento*, México, Siglo XXI, 2007, pp. 51 y 75. Las cursivas son del autor de la cita.

¹⁰ Alfredo Guerra-Borges, *Globalización e integración latinoamericana*, México, Siglo XXI/UNAM/Universidad Rafael Landívar, 2002, p. 41.

intervención estatal y compromisos de clase institucionalizados (al modo de pactos sociales o convenios entre capital y trabajo, etcétera). Es en el novedoso escenario surgido de esa sustitución donde el colega guatemalteco Guerra-Borges, radicado desde hace años en México, propone impulsar la integración de la región. Una integración que percibe como plenamente viable, si se aprovecha el “potencial interno de desarrollo” de la región o macrorregión, como otros autores prefieren acotarla. Este autor acepta que se trata de una utopía “convocante” y, por tanto, realizable con “imaginación creativa y acción política”. Y es que concibe a las utopías como “verdades anticipadas para cuya verificación es necesario un cambio de escenario”.¹¹ Por ello, describe con precisión su propuesta:

*La definimos como regionalización de la globalización, y consiste en profundizar los procesos de integración regional a fin de que, como parte de un sostenido esfuerzo de cambio estructural, la cooperación de los países latinoamericanos haga posible el pleno desarrollo de los recursos internos de la región, se eleve la calidad de vida de la población y se aprovechen eficientemente las opciones que abren la economía mundial y la globalización, dentro de la cual América Latina participe con renovada personalidad nacional y regional en lo económico, lo político, lo social y lo cultural.*¹²

Para Guerra-Borges la cuestión nodal radica en la fusión como “unidad indisoluble” entre integración y desarrollo a partir de una “política de desarrollo definida desde adentro” de los mismos Estados-nación de la región. La pretendida profundización de la integración regional requiere de un conjunto articulado

¹¹ *Ibid.*, p. 279.

¹² *Ibid.*, p. 250. Las cursivas son del autor de la cita.

de acciones a las que esa política debe convocar y hacer convergentes. Conviene enunciar esas acciones para advertir la complejidad de ese entretejido y, al mismo tiempo, la concreción y efectividad latente de la misma propuesta:

Libre comercio y unión aduanera (ambos con una cobertura que comprenda todo el espectro arancelario), el libre comercio de los servicios, incluidos los de consultoría e ingeniería, la libre movilidad de la inversión regional y de la fuerza de trabajo, armonización de políticas macroeconómicas, integración física en todas sus modalidades, explotación conjunta y racional de los recursos naturales, política ambiental eficaz, desarrollo conjunto de proyectos energéticos, políticas regionales de desarrollo agrícola e industrial, de la ciencia y la tecnología, desarrollo de una infraestructura tecnológica y servicios regionales de capacitación y educación, financiamiento del desarrollo regional, negociaciones internacionales.¹³

Tal vez no convenga preguntarse cuáles de estos pasos se están impulsando efectivamente en algunas partes de la región, porque la respuesta podría ser muy lamentable. Lo interesante es advertir que, incluso esta versión de la integración asociada al desarrollo, en la mejor tradición de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), no alcanza a movilizar de modo coherente el accionar de las élites políticas y económicas hegemónicas regionales. Pero, no hay que dejar de advertir una condición decisiva que propone el economista guatemalteco. Según su visión, los países deben participar en estos acuerdos “no porque no les queda más salida, sino porque en la integración encuentran recursos y opciones para atender problemas, de los que obviamente carecen en lo individual y, particularmente,

¹³ *Ibid.*, pp. 251 y 252.

frente al extranjero”.¹⁴ Se trataría, por tanto, de un desarrollo “*multidimensional* (económico, social y cultural)”, a partir de “un proyecto bien definido y una firme voluntad de desarrollo” nacional y regional o desde adentro, como ya se anotó.¹⁵ Todo esto será viable si se “reivindica” para el Estado un papel protagonista en la compleja relación que mantiene con el mercado y eso únicamente lo puede lograr “la movilización de la sociedad civil latinoamericana”, siempre y cuando lo haga “*no sólo para protestar, sino para proponer*”.¹⁶ El logro de una moneda única no sería una acción menor y la articulación de una banca común ayudaría a ello.¹⁷ El Banco del Sur pareciera avanzar en esa dirección aunque de modo muy insuficiente todavía.

En el supuesto de que hubiera acuerdo en seguir la argumentación expuesta hasta aquí, en este punto es donde suele surgir el *recurso culturalista* —y lo decimos así para destacar la dimensión de insuficiencia con la que lo percibimos—, ya que de tanto insistir en la dimensión cultural se termina por cometer ciertos atentados contra la cultura. Vayamos por partes. Intentemos prolongar la argumentación desligados de las finuras y detalles estructurales e ineludibles con los que Alfredo Guerra-Borges ha avanzado hasta ahora. Incorporemos, en la prolongación de su propuesta, ciertos argumentos muy reitera-

¹⁴ *Ibid.*, p. 252.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 263 y 265. Las cursivas son del autor.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 274, 279 y 280. Las cursivas son del autor.

¹⁷ Al respecto, se recomienda consultar el trabajo del economista y filósofo nicaragüense Norman Palma, en el cual examinó con todo cuidado el proceso que conduciría a la instauración del euro. Es sugestiva, entre muchas otras, la siguiente consideración efectuada casi al finalizar el texto: “C’est par convention que l’être humain produit la normativité qui conditionne son existence sociale. Puis, cette normativité s’objective dans un ordre institutionnel. C’est le cas de la monnaie, d’où son nom grec de ‘nomisma’: de ‘nomos’, ‘loi’”. Véase N. Palma, *Réflexions sur l’union monétaire européenne. Analyse de la crise économique actuelle. Essai*, París, INDIGO & Côté-Femmes Éditions, 1998, p. 109.

dos que terminan por hacerla tambalear cuando no se manejan con cuidado.

Muchos años antes y a propósito de la experiencia inicial del llamado Mercosur, Gregorio Recondo pugnaba por un Mercosur cultural que permitiera ampliar lo que denominaba, de manera muy sugerente, “conciencia de pertenencia”. No podemos detenernos a detallar la extensa argumentación del prematuramente fallecido sociólogo argentino que dedicó años de su vida a la labor diplomática para lograr la efectiva unidad del área inicial del Mercosur, con loable énfasis en Paraguay y Uruguay, pero sí queremos retomar su respuesta al esfuerzo que realizó para oponerse a lo que él denominaba la homogeneización impuesta por la lógica globalizadora:

Contestamos —escribía— sencilla y sintéticamente con dos propuestas: 1) abrir conductos y puentes entre *nacionalismo* y *universalidad*, para que se intercomunicuen y no sean círculos cerrados o compartimientos estancos; 2) *ampliando la conciencia de pertenencia* [...] Un aspecto central que tiene a la cultura y a la integración como ejes del discurso de la identidad nacional. Adelantamos, desde ya, que se trata de abrirnos hacia la universalidad ensanchando nuestro sentido de las lealtades, pero sin descartarnos.¹⁸

¹⁸ Gregorio Recondo, *Identidad, integración y creación cultural en América Latina. El desafío del Mercosur*, Buenos Aires, UNESCO/Editorial de Belgrano, 1997, p. 361. Las cursivas son del autor de la cita. Es interesante comparar este texto con otros aportes relacionados con Centroamérica, entre los que se recomiendan: Carlos Molina del Pozo y Jaime Delgado Rojas (comps.), *Dimensiones de la integración europea y americana*, Heredia, Costa Rica, Universidad Nacional, 2000, 305 pp., y Alfredo Guerra-Borges, Eduardo Saxe Fernández y Willy Soto Umaña, *Hacia una teoría de la integración regional*, Heredia, Costa Rica, Fundación UNA, 1995, 165 pp. Respecto al área andina, véase Marco Romero Cevallos, *Los desafíos de una nueva integración andina. Una agenda desde los jóvenes*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar-Sede Ecuador/Unión Europea/Corporación Editora

Es interesante este enfoque porque, además de centrar la cuestión en una dimensión cultural que aparece permanentemente aludida, pero nunca delimitada claramente, incorpora la cuestión de la *identidad* como dimensión conexas que no se puede escindir de la integración. La *conciencia* adquiere así una dimensión privilegiada y hasta prioritaria respecto de procesos que la requieren como supuesto. Por lo demás, conviene retener una cierta exaltación desmesurada de lo que se supone sería la cultura de la región: su capacidad de absorber diferencias sin homogeneizarlas de manera impertinente. Esta dimensión exaltada aparece claramente expuesta por el autor:

Que se entienda bien, no estamos diciendo que en nuestra América y en los respectivos Estados nacionales existe una cultura monolítica o decididamente homogeneizadora [...] Estamos diciendo algo distinto: que existe *una cultura que coordina en su interior las diversidades étnicas y culturales*; una cultura que armoniza en el todo las diferencias y expresa una congruencia significativa de normas y valores. Esa cultura —subrayémoslo— es la base de la unidad iberoamericana.¹⁹

Antes que nada hay que advertir que este autor habla de nuestra América y de Iberoamérica de modo indistinto. Eso nos hace recordar algunos rasgos del enfoque que impulsa-

Nacional, 2007, 228 pp. Por supuesto, en estas lecturas comparadas, no podemos dejar de tomar muy en cuenta las diferencias temporales (de épocas) que separan a los respectivos trabajos y sus variados enfoques. Pero, con todo, ayudan a bosquejar una mirada de conjunto acerca de tan compleja y apasionante cuestión, con insumos teórico-ideológicos muy diversos y, no pocas veces, semiocultos bajo vestiduras terminológicas semejantes, lo cual testimonia también la riqueza del pensamiento producido en nuestra América y, por desgracia, poco atendido en sus matices y detalles.

¹⁹ G. Recondo, *op. cit.*, p. 397. Las cursivas son del autor de la cita.

ba José Vasconcelos en la primera mitad del siglo pasado.²⁰ Pero, aparte de ese punto difuso, que no es ningún detalle menor, según mencionamos líneas atrás, lo curioso es cómo confunde lo que es con lo que desearía que fuese o, incluso, si se acepta provisionalmente, con lo que piensa que debería ser en relación con esa exaltada cultura, la cual operaría a modo de argamasa de la deseada integración y como marco propicio para estructurar las identidades de aquellos capaces (no sabemos cómo) de ampliar su conciencia de pertenencia y de estirar sus lealtades más allá de las fronteras nacionales balcanizadas. Obviamente aquí opera en su argu-

²⁰ Sobre José Vasconcelos véase el trabajo ya citado, de lectura imprescindible, de Cárdenas Noriega. Como rector de la Universidad, Vasconcelos pronunció un discurso en la inauguración del Primer Congreso Internacional de Estudiantes, el 20 de septiembre de 1921, en el que dijo, entre otras cosas: “Yo espero que vuestros acuerdos serán tan generosos que las votaciones tendrán que ser unánimes, pero si surgiesen cuestiones opinables o graves diferencias de criterio, yo creo que vuestro deber es no tomar votaciones por nacionalidades, sino por razas. Con este objeto los hispanoamericanos harán bien si discuten y resuelven en discusión privada todas las diferencias a fin de presentar después sus acuerdos en bloque. Esto por sí solo sería un noble ejemplo para los gobiernos de América Latina que hasta ahora no han procurado lograr igual uniformidad de acción”. J. Cárdenas Noriega, *op. cit.*, pp. 90-91. Aparentemente el 19 de mayo de 1926, Vasconcelos leyó en San Juan de Puerto Rico una conferencia que más tarde formaría parte de su *Indología*. Allí decía, entre otras cosas que nos permitimos extraer: “Nuestra ambición va a ser todavía mayor; nuestro propósito debe ser representarnos, precisar los rasgos formativos de un organismo que apenas lleva un poco más de cien años de vida autóctona [...] Comencemos por asignar al nuevo proceso un nombre [...] INDOLOGÍA [...] No pretendo, por lo mismo, amparar bajo tal nombre ninguna intención de predominio favorable a la tradición autóctona de América o a la raza indígena del continente [...] ligados por el parentesco de la sangre y por la comunidad de la cultura [...] La generación a que yo pertenezco ha visto renacer el anhelo iberoamericano [...] se puede afirmar, sin ningún género de duda [...] que el aislamiento está roto y que la raza iberoamericana recobra la conciencia de su unidad y camina hacia la fusión espiritual y hacia la confederación política”. Véase *ibid.*, pp. 162-165. El empleo de mayúsculas es del autor de la cita.-

mentación la denominada “falacia naturalista”.²¹ En otro de sus textos, como prolegómeno a una obra colectiva, enfatiza las dimensiones democráticas de su propuesta con el ánimo de ver efectuada una democratización de la cultura en tanto ensanchamiento de las bases sociales que pugnan por la integración, como de una democracia que denomina cultural por la deseada participación de los ciudadanos en la toma de decisiones. Todo esto quedará simbolizado en la ecuación: Mercosur (unidad en la diversidad) = pertenencia.²²

El colega puertorriqueño, Ángel Israel Rivera, ha realizado un gran esfuerzo por desmontar los *mitos* que acompañan la vida política de su país. A partir de la constatación de Roland Barthes del mito como “elemento consustancial a toda cultura política”, las casi seiscientas páginas de su interesante libro están dedicadas a derribar los mitos “dañinos” y “lesivos” para la vida política puertorriqueña con toda la fuerza del “ingenio” propio, así como a la búsqueda de alternativas, quizá podríamos decir de mitos benéficos o menos dañinos.²³ Esto incluye un esfuerzo racional e intelectual de primer orden para advertir en qué recovecos se anida la deformación deliberada o ingenua (¿habrá tal dimensión de ingenuidad en la vida política?), que termina por arrinconar y bloquear cualquier propuesta. No pre-

²¹ Somos conscientes de las dificultades teóricas que plantea esta atribución. La usamos en su sentido consolidado y más difundido. Para iniciarse en las dificultades teóricas de la misma, véase el sugerente trabajo de Maximiliano Martínez, “La falacia naturalista y el argumento de la pregunta abierta”, en *Universitas Philosophica* (Bogotá), año 20, núm. 40-41, junio-diciembre de 2003, pp. 65-88.

²² G. Recondo (coord. y prólogo), *Mercosur. Una historia común para la integración*, t. I, Asunción, CARI/Multibanco, 2000, pp. 18 y 19.

²³ Ángel Israel Rivera, *Puerto Rico: ficción y mitología en sus alternativas de status*, Puerto Rico, Ediciones Nueva Aurora, 1996, p. 23. Acabamos de recibir uno de sus últimos trabajos: *Puerto Rico ante los retos del siglo XXI. Cambio económico, cultural y político en los inicios del nuevo siglo*, San Juan, Puerto Rico, Nueva Aurora, 2007, 372 pp.

tendemos hacerle justicia aquí a su esfuerzo lúcido y apasionado, pero sí lo traemos a colación como una muestra muy elaborada de las complejas dimensiones que se anudan alrededor de estos mitos y mixtificaciones (¿in?)movilizadores de los pueblos, sin menguar los esfuerzos en la búsqueda de los medios que conduzcan a fines de mayor pertinencia para la vida humana que merezca tal nombre. Pareciera, por cierto, no estar en duda que “la integración es un medio para un fin, el desarrollo social, el bienestar ciudadano y el fomento de la cultura como totalidad”.²⁴

Así, multifacéticas narrativas y propuestas epistémicas, ideológicas, simbólicas, ético-morales, comunicativas, políticas, religiosas, etcétera, alimentan estos esfuerzos o tanteos. Pero, no por su complejo entramado puede deponerse el esfuerzo de desentrañar qué es lo que conllevan y hacia dónde conducen, nos conducen...

Finalmente, debemos hacer alguna referencia a la mitificada noción de *frontera*, de esa frontera que pasa de *borderline* a *borderland* imperceptiblemente; de esa que es muro o puente o, mejor, siempre ambos a la vez. Una frontera que no cesa en su presencia-ausente, o casi como ausente, de hacer efectiva la ética de la *Urgemeinde*, de la comunidad primitiva u originaria: supuesto amor fraterno hacia los de adentro y odio ancestral hacia los de afuera, lo cual replantea las mismas nociones referenciales de adentro y afuera. A propósito de lo acaecido recientemente en la frontera de Colombia con Ecuador conviene tomar en cuenta cotidianidades como la que

²⁴ Colectivo de autores de la Cátedra de integración Andrés Bello de la Universidad Central “Marta Abreu” de las Villas, “Los valores fundacionales de la integración latinoamericana en la implementación práctica de políticas públicas en educación, ciencia y cultura”, en *La universidad y los procesos de integración social. Cátedras de integración Andrés Bello*, Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2007, p. 29.

se refiere a continuación y frente a la cual sobran los comentarios: “lo (uni)nacional carece de sentido en esta zona donde los flujos y reflujos son constantes, la transmisión de la radio y la televisión proviene de Colombia e incluso antes se cantaba más el himno colombiano que el ecuatoriano”.²⁵ Quizá aquí cabría examinar con mayor cuidado cómo y en qué condiciones sería factible una lisa y llana supresión de fronteras en la región.²⁶

Otro aspecto que se enlaza íntimamente con lo que se ha venido señalando es la cuestión de la identidad o de la *construcción de la identidad* o, más precisamente todavía, la de la construcción interminable de identidades sociales más o menos compartidas. No es tarea menor la del logro de una identidad bien planteada, es decir, teóricamente bien planteada. Ha sido ésta, sin duda, una de las constantes, de los tópicos ineludibles de la tradición del pensamiento latinoamericano. Sin embargo, su examen deja todavía mucho que desear.

²⁵ Catherine Walsh y Lucy Santracruz, “Procesos afro-etnoeducativos en la frontera ecuatoriano-colombiana”, en *La universidad y los procesos de integración social...*, nota 17, p. 110.

²⁶ Un insumo muy recomendable sobre esta discusión es el texto de Will Kymlicka, con la excelente reflexión preliminar de Miguel Carbonell. En esta obra, Kymlicka va más allá de la cuestión hasta llegar a preguntarse por la legitimidad de la secesión, siempre desde la perspectiva teórico-ideológica del liberalismo igualitarista. “Obviamente, una política de fronteras abiertas supondría un distanciamiento muy radical de la práctica actual de las democracias liberales. En efecto, esta propuesta es tan radical que, a excepción de algunos filósofos académicos, nadie la toma en serio. El mero hecho de mencionarla significa autotildarse de ingenuo sin remedio”. Véase W. Kymlicka, *Fronteras territoriales. Una perspectiva liberal igualitarista*, Madrid, Trotta, 2006, p. 38. En cuanto al derecho plebiscitario a la secesión, señala que “de nuevo, esta postura es radicalmente ajena a la práctica actual de las democracias liberales así como al derecho internacional. Ciertamente, como sucedía con la apertura de las fronteras, es una postura que nadie toma en serio salvo la filosofía académica. No sólo se considera ingenua, sino peligrosamente irresponsable. Se percibe como una invitación a la inestabilidad y al fomento de conflictos étnicos”. Véase *ibid.*, p. 40.

Para el historiador chileno Eduardo Devés, el concepto de identidad “se ha transformado en el concepto matriz, en el concepto articulador y dador de sentido para pensar América Latina hacia el 2000”.²⁷ Es de considerarse la periodización que sugiere Devés para apreciar el desarrollo histórico de esta cuestión de la identidad en el pensamiento latinoamericano. Para ello propone los siguientes periodos: el prototratamiento del tema (1492-1890); la americanidad (1890-1950); la identidad tematizada (1950-1980), y las condiciones para el resurgimiento del concepto (a partir de 1980). Uno de los hitos más destacables, según el historiador chileno, lo constituye el proyecto de José Martí a finales del siglo XIX. Otro, apunta al “viraje” de los años noventa del siglo pasado, el cual se expresaría nítidamente en los cuatro cambios conceptuales aludidos por Néstor García Canclini en su libro *Culturas híbridas: identidad como realidad histórica, expresión de la manera imaginaria de vivir las relaciones con el territorio, composición híbrida o multicultural de la identidad de un pueblo y condicionamientos transnacionales en la conformación de nuevas identidades*. En este punto sería factible preguntarnos si efectivamente esos cuatro aspectos constituyen novedades o han sido siempre, de uno u otro modo, componentes vertebrales de la complejidad aludida por el término *identidad*. Devés convoca a prestar atención especialmente a lo que entiende como una derivación epistemológica de esta cuestión: “la perspectiva concientizadora”. Ella permitiría “establecer puentes con la dimensión académica” frente a la “avidez” de identidad de quienes se acercan a los estudios científicos y humanísticos. En todo caso, esa perspectiva o “dimensión concientizante”, como también la denomina, remi-

²⁷ Eduardo Devés, “Identidad latinoamericana”, en Ricardo Salas Astrain (coord.), *Pensamiento crítico latinoamericano. Conceptos fundamentales*, vol. II, Santiago de Chile, Universidad Católica Silva Henríquez, 2005, p. 558.

te a la larga tradición de toma de conciencia, que generalmente solía derivar en idealismos moralizantes y en las claras muestras de falacia naturalista a que ya hemos hecho referencia, apartándose y, muchas veces, ni siquiera llegando a esa deseable dimensión epistemológica.

Desde una perspectiva ética apoyada en la tradición filosófica alemana, pero repensada desde nuestras situaciones más específicas, Ricardo Maliandi ha efectuado aportes muy relevantes. En uno de sus más recientes libros, este filósofo argentino propone asumir la conflictividad social como el *a priori* sobre el cual trabaja siempre la ética en la búsqueda de clarificaciones morales. En su esfuerzo por lograr la convergencia entre la ética discursiva y la ética material de los valores, Maliandi propone partir de cuatro principios articulados en dos pares: “universalidad-individualidad (conflictividad sincrónica) y conservación-reacción (conflictividad diacrónica)”, los cuales se “fundamentan por vía de la reflexión pragmático trascendental”.²⁸ La identidad podrá ser así apreciada en muchos de sus matices más complejos y en su proceso mismo de reconstitución quizá continua. Este autor hace hincapié en la necesidad de reconocer un *metaprincipio*: el de “enfaticar la armonía entre los principios”. En otros términos, reconocer los conflictos e intentar regularlos. De esta forma, la razón se ve forzada al máximo de sus capacidades contrapuestas. El autor no se rinde ante los riesgos de relativismos y exhibe con fuerza la ética de la globalización, encarnada de manera sistemática en el darwinismo social, para denunciarla enfáticamente. Quedará así en condiciones de mostrar estas tensiones extremas en las que se desenvuelve la cotidianidad, que es en primero y último término la

²⁸ Ricardo Maliandi, *Ética: dilemas y convergencias. Cuestiones éticas de la identidad, la globalización y la tecnología*, Buenos Aires, Biblos/Universidad Nacional de Lanús, 2006, pp. 11-12.

dimensión que nos ocupa y nos convoca de modo demandante en pro de la satisfacción de necesidades imposibles de ignorar. Maliandi resume entonces su posición respecto de la identidad en líneas muy precisas, a saber:

¿Qué es, en esencia, la identidad? El uso del término “identidad”, hoy tan frecuente, suele pasar por alto el significativo hecho —sobre el que hay que insistir— de que con ese término se alude al menos a dos aspectos: el sincrónico y el diacrónico. Y es también significativa (y contribuye asimismo a la complejidad del concepto) la complementariedad que existe entre identidad y diferencia, y la extensión que puede atribuirse a cada una según se la considere en el nivel grupal o en el individual.²⁹

Si hubiera que sacar algo así como una moraleja provisional de esto que venimos retomando en cuanto a la identidad, habría que decir quizá lo siguiente: sólo de un uso pleno de la racionalidad, con todo al apasionamiento controlado que le es inherente, podremos avanzar en una aproximación más pertinente al tema enigmático de la identidad en nuestra América.

A lo anterior conviene añadir que una adecuada articulación entre los tópicos examinados: integración, historia compartida, lengua común, globalización, desarrollo, cultura, conciencia, identidad, mitos, fronteras, ética, etcétera, resulta indispensable, en la medida en que no se han mostrado suficientemente congruentes en todos los casos. La hipótesis de intentar un tipo de organización discursiva más coherente y más pertinente al proceso deseado de integración cobra aquí una urgencia mayor. ¿Cómo articular o, cuando menos, bosquejar ese otro tipo de discurrir necesario para impulsar un imaginario colectivo eficaz hacia la integración?

²⁹ *Ibid.*, p. 47. Unos cuadros correlativos muy apropiados sobre estas dimensiones se pueden consultar en *ibid.*, pp. 36-37.

A modo de conclusiones programáticas

Consideramos indispensable añadir a este abigarrado conjunto la *dimensión política*. En este sentido, el enfoque estructural de la realidad sociohistórica requiere necesariamente de un replanteamiento. No se trata de prolongar la indefendible metáfora del edificio, donde la base determinaría mecánicamente una supuesta superestructura. Esa división entre estructura y superestructura o epifenómeno no se justifica, como tampoco se justifica una consideración puramente superficial o restrictiva de alguna de las dimensiones que integran la totalidad en cuestión. Creemos que la demanda de Immanuel Wallerstein sigue siendo plenamente vigente en cuanto al esfuerzo de (im)pensar las ciencias sociales, para no separar arbitrariamente lo que en la realidad está unido, por muchas que sean las ventajas que el tratamiento especializado de los sectores segregados pudiera aportar.³⁰

Esto aparece estrechamente ligado con el enfoque político que debe tener la integración para no quedarse en reduccionismos económicos, culturales, de conciencia o de concientización. Las decisiones políticas son para esto indispensables y ello presupone una recuperación del Estado al servicio de la sociedad, a fin de que el triángulo Estado-mercado-sociedad pueda operar en el eje codificador cultural en el que se halla siempre inserto y con el conjunto de valores que lo conforman.³¹ Esto significa, en otros términos, la imposibilidad de eludir el *conflicto social* y, menos, de pretender arrumbarlo en siglos pasados como cuestión ya superada.

³⁰ Véase Immanuel Wallerstein, *(Im)pensar las ciencias sociales: límites de los paradigmas decimonónicos*, México, Siglo XXI/CEIICH-UNAM, 1998, 309 pp.

³¹ Véase H. Cerutti Guldberg, *Democracia e integración en nuestra América (ensayos)*, Mendoza, Argentina, EDIUNC, 2007, 192 pp.

Finalmente, está la pregunta que probablemente debemos dejar abierta, no por afán provocador, sino por carecer de una respuesta segura y taxativa. Esa ansiada integración desde las bases de nuestras sociedades y anhelada largamente desde lo profundo de nuestras historias ¿será viable dentro de las reglas de juego del sistema capitalista imperante? ¿O exigirá un esfuerzo transgresor de las mismas para poder avanzar? No lo sabemos o, al menos, no del todo, aunque pareciera que ni siquiera los mismos valores enarbolados por los sectores dominantes y hegemónicos parecen efectivamente viables en estas condiciones. Lo cierto es que no se puede poner en duda que los valores exigidos por nuestras grandes mayorías parecen mostrarse claramente ajenos a este sistema dominante. Consideremos, a título de ejemplo, lo siguiente:

Tolerancia a una identidad latinoamericana y caribeña de orden multicultural; aceptación de nuestra historia común y su respectiva enseñanza desde la visión de los pueblos y no de las élites dominantes; superación de las diferencias regionales, étnicas, raciales, etcétera, promoviendo un humanismo real y realista; promoción del acceso libre a todos los niveles de educación como vía insoslayable del desarrollo humano; acceso real a la ciencia y la tecnología por parte de todos los ciudadanos; participación implicate de los ciudadanos en los procesos decisorios de la vida social en general; libre movimiento de personal en general y personal calificado en particular, para potenciar las diferentes regiones del subcontinente, por supuesto sobre la base de la solidaridad esencialmente.³²

Aquí convendría retomar la idea transgresora que surge acerca de ese sutil deslizamiento discursivo que lleva siempre a ha-

³² Colectivo de autores de la Cátedra de integración Andrés Bello de la Universidad Central “Marta Abreu” de las Villas, *op. cit.*, p. 55.

blar de ciudadanos en vez de personas. Y también preguntarnos hasta dónde resultará conveniente reclamar derechos para las personas sin importar dónde nacieron (o de quiénes, para remitir claramente al *ius solis* y al *ius sanguinis*), dónde residen, qué idioma hablan o qué códigos culturales rigen sus hábitos y rutinas.³³

Antes de cerrar estas reflexiones aproximativas, conviene mencionar un punto clave, complementario de toda esta argumentación: la *geopolítica*. Para ello, podemos remitirnos a un texto reciente muy sugerente de Dejan Mihailovic, en el que define al “nuevo meridionalismo” como un “factor equilibrante del poder global”, ante las “catástrofes sociales y ecológicas” producto de la falta de regulación social de los procesos globales. Más allá de toda globalización y regionalización, el filósofo serbio, radicado en México, le apuesta a que, con el liderazgo de Brasil, China e India, el apoyo destacado de Argentina y Sudáfrica y la posible incorporación de Rusia y México, un grupo de países —sin apetencias imperiales— pudiera promover la integración interregional, el desarrollo endógeno y autocentrado y, finalmente, avanzar en la reconfiguración del poder global.³⁴

³³ “Generalmente, lo que comienza como una teoría sobre la igualdad moral de las personas, termina siendo una teoría de la igualdad moral de los ciudadanos”. Kymlicka, *op. cit.*, p. 36. Las cursivas son del autor de la cita. Pero, especialmente, quien enfatiza esta propuesta es Miguel Carbonell en su “Presentación” al texto citado, sobre todo en las páginas 12-20. Por cierto, Kymlicka no hace ninguna referencia al *ius sanguinis*, tan preliberal como podríamos imaginarnos y, a la vez, tan vigente como cualquier “derecho nacional”. Un aporte lleno de la energía, alegría y vitalidad característica del ámbito juvenil popular al respecto lo constituye la breve ponencia incluida como anexo al libro ya citado de Romero Cevallos, del investigador chileno Claudio Duarte Quapper, “Ciudadanías juveniles en América Latina y el Caribe”. Véase *supra*, nota 18, M. Romero Cevallos, *op. cit.*, pp. 75-81.

³⁴ Dejan Mihailovic, “Geopolítica y orden global: posibilidades para un nuevo meridionalismo”, en D. Mihailovic y Alexis Toribio Dantas (coords.), *Desarrollo e integración. La nueva geopolítica de la economía global*, México, Escuela de Graduados en Administración Pública y Política Pública del ITESM/Miguel Ángel Porrúa, 2007, pp. 69-87.

Deja así el tema suficientemente abierto como para reclamar más y mejores esfuerzos teóricos pertinentes a fin de sugerir pautas de acción colectivas efectivas y urgentes.

Para terminar quisiéramos insistir, una vez más, en la hipótesis de fondo que guía nuestro esfuerzo y a cuyo reforzamiento quiere aportar este artículo. Sólo de una articulación discursiva adecuada entre las diferentes facetas de la compleja realidad sociohistórica podrá surgir una narrativa y una propuesta discursiva efectivas y adecuadas a las exigencias del imaginario colectivo en pro de una integración de nuestra América, forjada desde las bases de nuestras sociedades y en respuesta a demandas de larga data en lo profundo de nuestra historia. De modo que como ciudadanía, y como personas o seres humanos plenos, podamos exigir a los profesionales de la política el cumplimiento de tareas específicas en este sentido y de avances en relación con proyectos que no pueden esperar más tiempo.